

de la regencia, como garante de un gobierno neutral y equilibrado que evitara la guerra entre las facciones. Sin embargo, el arzobispo comenzó secretamente a entenderse con Fernando, que el 5 de octubre recibió noticias suyas sobre la muerte de su yerno, cuando, desembarcado ya en Italia, se hallaba en Portofino, en escala hacia Nápoles. En adelante, y a través de Ferrer, el embajador del aragonés, le haría ver en varias ocasiones la conveniencia de atraerse a la nobleza hostil con mercedes y promesas. La reina, por su parte, se obstinaba en no reconocer a Cisneros ni a los poderes de la regencia, y en no invitar a su padre a volver a Castilla.

Aunque Fernando y Cisneros no se tenían gran simpatía personal, se veían obligados a colaborar secretamente, sobre todo para evitar la ventaja que pudieran adquirir el favorito, don Juan Manuel, y los partidarios castellanos y flamencos de los Habsburgo, a quienes alentaban desde Flandes y Alemania, respectivamente, el joven príncipe don Carlos y su abuelo Maximiliano. Entre tanto, cada noble hacía planes, y conspiraba secretamente con unos y con otros, sin más miras que su propio interés, teniendo en cuenta únicamente las rivalidades de las grandes casas por la influencia política en la corte y la consecución de más posesiones y vasallos, o la recuperación de villas y fortalezas de las que, con o sin razón, se creían injustamente privados. En todas partes se movilizaban tropas, y los rumores, esparcidos a veces por los mismos nobles para crear problemas a sus adversarios, llenaban de temor a las ciudades, que tomaban medidas de fortificación y vigilancia para ponerse a salvo de eventuales golpes de mano. Parecía volver, en suma, la anarquía nobiliaria que el reino conoció treinta años atrás, antes de que los Reyes Católicos implantaran con fuerza la autoridad del Estado. «*Algunos pensaron —dice el Cura de los Palacios— que ya era la consumación del mundo, e que ya era vuelto el tiempo del rey don Enrique próximo, y de su fortuna, que el que más podía más tomaba, e cada qual era rey de su tierra e de lo que podía tomar de la corona real, sin querer conocer rey ni superior*»⁸.

En las tierras hoy albacetenses no se había registrado una situación de alarma similar desde que, en aquellos tiempos de 1475 a 1480, se enfrentaran en sus campos los nobles que sostenían al partido de doña Isabel —Manriques y Fajardos, sobre todo— y los que, como el marqués Diego López Pacheco, se oponían a ella defendiendo los derechos de Juana La Beltraneja⁹. En 1506, casi todos los protagonistas de ese inquieto período habían muerto ya años atrás. Rodrigo Manrique, nieto del personaje de su mismo nombre que fue maestro de Santiago, hijo de su heredero, don Pedro Manrique, y sobrino del célebre poeta don Jorge, que murió en aquella guerra, ni siquiera había llegado a conocer los tiempos en que la familia se hizo famosa por sus hazañas militares al servicio, primero, de los Infantes de Aragón, y más tarde, del partido proaragonés que alteró Castilla en vida de Enrique IV y contribuyó eficazmente a sentar en el trono a Isabel la Católica. En 1506, don Rodrigo era un joven de veintitantos años, carente de toda experiencia política y cortesana, de constitución enfermiza y acostumbrado a dejarse manejar por su madre, la condesa viuda, doña Leonor de Acuña, que había gobernado su tierra durante su mocedad. Había heredado el título de conde de Paredes y las posesiones albacetenses de Las Cinco Villas (Villapalacios, Bienservida, Villaverde, Riópar y Cotillas) que su abuelo y su padre habían logrado apropiarse a costa del antiguo término de la ciudad de Alcaraz. Sin embargo, pese a su parentesco con el inquieto don Pedro Manrique, duque de Nájera, que era uno de los más firmes apoyos del partido felipista; el joven conde de Paredes no se había complicado demasiado, que sepamos, en la revuelta política del momento.

Algo mayor de edad —28 o 29 años— y, desde luego, mucho más cortesano, más culto y

⁸ BERNÁLDEZ, Andrés (Cura de los Palacios), *Crónica de los Reyes Católicos*. Col. de Crónicas de los Reyes de Castilla dirigida por C. Rosell. Madrid, 1919, p. 726.

⁹ TORRES FONTES, Juan, «La conquista del Marquesado de Villena en el reinado de los Reyes Católicos». *Hispania*, L, 1953.